

## El amor y la esperanza le ganan a la adversidad

*Piensa en los seres más preciados que tienes... Ahora imagina no poder verlos ni abrazarlos. De seguro para ti, esto ya es una realidad.*

Era una tarde calurosa y aburrida en algún lugar de México; todo lo que tenía planeado hacer durante la cuarentena, lo había hecho ya hace unas semanas. No había novedad y todo era una rutina: marcaban una tarea e inmediatamente las hacía, las enviaba y luego, regresaba al tormento de lo monótono. Se estaba hartando aquella jovencita con apenas quince primaveras. Su mente estaba centrada en salir de aquella casa, de ser libre y volver a reunirse con sus seres queridos, intercambiar sus experiencias y abrazarse fuertemente. Lo ansiaba con tantas ganas que, en su frustración, tomó lo primero que vio junto a ella y lo lanzó a la pared: era una pequeña artesanía de una paloma.

— ¡No puedo más! Quiero estar afuera, como esas aves, que vuelan sin temor a este virus — y lloró, hasta que sus ojos no tuvieron más lágrimas que dar, y cuando la ansiedad y el estrés habían disminuido por completo en una siesta.

Sola en esa casa, ya que sus padres eran paramédicos, su cuerpo se encontraba en la cama, cansado de aquella explosión de emociones. Sin embargo, su mente, o eso se creía, se había trasladado a ese animalillo que tanta envidia le tenía, una pequeña, pulcra y hermosa paloma, pero no cualquiera, una de color blanco.

Ella, transformándose en la paloma blanca, dio inicio a su aventura, la cual consistía por instinto en conseguir alimentos, y ¿qué mejor que hacerlo en un parque concurrido? Así podría aprovechar su recorrido para hacer algunas travesuras, divertirse, reír y volar, de ese modo, su viaje habría valido la pena. No obstante, al llegar a su parque preferido desde pequeña, se dio cuenta de la realidad: estaba completamente vacío e invadido por otros animalillos. Ella sabía que no habría personas, pero pensó que alguien, de manera descuidada o poco empática, habría salido un rato a comer una torta o bocadillo, cosa que lamentablemente no ocurrió en horas y su estómago pedía a gritos que lo alimentaran. Recordó entonces que existen otros caminos transitados de la ciudad: tenía hambre, pero no era la única. Ni modos, a volar en otro sitio. La paloma elevó sus descuidadas alas y recorrió otras calles, encontrándose solamente con personas apresuradas, protegidas de la boca hasta la nariz y alguno que otro, vestido de blanco. Ella recordó que existían personas que no dejaban de trabajar, que siempre darían su vida y salud por la de otros. Lo sabía porque sus padres eran así, algo que le causaba un revuelo de

emociones. Siguió volando, hasta que decidió visitar el hospital a las afueras de la ciudad.

— Ahí sí habrá gente... ¡Y comida! — pensó a modo de supervivencia.

Aterrizó rápidamente en la pequeña plaza de ese gran edificio, un reflejo de la salud y enfermedad, de la alegría y la tristeza, del amor y del odio, de la paciencia y la desesperación, pero, sobre todo, de la vida y la muerte. A pesar de que era un lugar concurrido debido a la contingencia, al único que podía observar afuera del establecimiento, era al guardia de seguridad. Y ni aun así, porque se encontraba dentro de su caseta de vigilancia. Hambrienta y aburrida, decidió pasearse por las ventanas, para ver si alguna noble alma, le tiraría un pedazo de comida. Para su sorpresa, se encontró con algo mucho mejor: unos ángeles encapuchados, con caretas, trajes protectores, guantes y cubrebocas en sus rostros, llenos de vocación y amor, andaban de un lado a otro cuidando pacientemente de cada enfermo. El vaivén del personal de salud, hacía una hermosa sinfonía del cual, el ave, comenzó a enamorarse más y más. Tristemente sus alas se habían cansado, y tuvo que relajarse debajo de un frondoso árbol donde hormigas, ardillas y otro tipo de aves le hacían compañía.

— ¿Estás hambrienta, pequeña? — una voz masculina la sorprendió — ¿qué hace una paloma blanca en un lugar como este? ¡Qué bueno que no tienes miedo de estar aquí, me haces compañía en esta jornada! — exclamó con un tono nostálgico y alegre, al mismo tiempo que le compartía en su pico un poco de pan.

Ella movió la cabeza y un poco las alas, para demostrarle a ese médico que lo estaba escuchando. El rostro de él reflejaba cansancio, malas noches, estrés y ansiedad: se veía a sí misma, pero de un modo mucho peor.

— ¡Es hora de entrar, doc! — grita desde la puerta de emergencia, una enfermera con el mismo rostro que él. Se nota que ambos están en el campo de batalla desde hace semanas. Inmediatamente, luego del mensaje, la enfermera cerró la puerta.

— ¡Ah! Descansé dos minutos más que ayer, es bueno para mí pero malo para los pacientes, es hora de regresar — miró sonrientemente a la paloma — admito que lo mejor del día, fue que me encontré contigo. Me haz recargado de fuerza, amor y esperanza, pequeña paloma.

El médico se estiró un poco antes de ponerse de pie, se sacudió unas cuantas hierbas y se fue. Ella se quedó admirando cómo un héroe se iba lentamente a la lucha, hasta que la puerta se abrió de nuevo. No era el médico, sino una afanadora del hospital que era amiga de sus padres. Estaba terminando su turno, y estaba lista para ir a su hogar.

*Bueno, tal vez ella me podrá ayudar a volver a la normalidad, pensó la paloma, pero en ese mismo instante, un encapuchado, demostrando totalmente lo*

contrario a esos ángeles, bajó la ventanilla de su auto y le gritó unas cuantas palabras altisonantes.

La afanadora, calló e ignoró a este hombre, siguiendo su camino con un poco de inquietud y temor. Nuestra protagonista, enojada ante tal muestra de ignorancia, injusticia y falta de empatía, voló por encima del auto y le echó un regalillo en el parabrisas. Ahora los insultos eran dirigidos a la paloma, pero no le importaban, porque eso haría que este sujeto fuera a su casa a limpiar el chistesito, y así colaborara, aunque de mala manera, a bajar la curva.

Cuando la amiga de sus padres al fin llegó a su hogar, la paloma decidió dirigirse también a la suya. Recorrió otro tipo de calles, encontrándose con policías invitando a la ciudadanía a quedarse; con bomberos intentando apaciguar el fuego que se había generado en esta época de sequía; con camioneros con su medio de transporte casi vacío; con empleados de supermercados pidiendo a sus clientes a conservar la sana distancia y también con personal de limpieza recorriendo y aseando la ciudad. Lo más sorprendente fue, que cada vez que ella pasaba volando, las personas ya mencionadas y otras más, miraban a la paloma blanca y sonreían. Sin duda alguna, sin querer, ella llenó de esperanza a toda la ciudad, y por supuesto, a ella misma.

Unos brazos largos la atraparon, pero ya no era esa linda paloma blanca, era de nueva cuenta un ser humano. Sus padres habían llegado muy tarde a su casa, y luego de desinfectarse y bañarse, lo único que querían hacer era abrazar a su hija.

— Hoy fue un día magnifico — le dice su padre mientras los tres se acomodaban en la cama.

— ¿Y sabes por qué? Fue curioso ya que, en nuestro regreso, vimos a una paloma blanca — menciona su madre mientras acariciaba el cabello de su hija, guiñándole el ojo a su esposo.

— ¡Y nos recordó a ti, nuestra querida hija! — gritaron al unísono ambos padres y abrazaron con todo su amor al fruto y motivo de su día a día, sin saber lo que le había ocurrido a nuestra protagonista.

No cabe duda de que existen personas valientes, fuertes y reales. Así es, los superhéroes se encuentran, en este momento, en hospitales, patrullas, supermercados, ambulancias, camiones de bomberos o de basura, pero de igual manera, los más importantes y esenciales somos todos nosotros, las personas que SÍ tenemos la posibilidad de quedarnos en casa. Y colorín colorado, este cuento nos ha demostrado que:

*El amor y la esperanza le ganan a la adversidad, y también a la ansiedad, al miedo, a la depresión, al estrés, pero sobretodo... a este virus.*